



Un joven Ángel Rama en su biblioteca. El intelectual uruguayo reunió a lo largo de su vida una biblioteca especializada en cultura latinoamericana que a su muerte se donó a la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República.

Rescate

Bibliotecas privadas del Uruguay

Ángel Rama

“Pocos sabían que las bibliotecas privadas de Montevideo eran espléndidas, pero por mi trabajo en la Nacional, a la cual su director Dionisio Trillo Pays había incorporado las bibliotecas que naufragan a la muerte de sus creadores, cuando la viuda o los hijos deciden mudarse a un apartamentito, yo estaba al tanto y decidí contar en *Marcha* cómo eran estos tesoros secretos e hice una serie de lo que se llama periodismo cultural, pues éste también cabía en nuestro semanario...”, escribió Ángel Rama, ya en el exilio, en la segunda época de *Cuadernos de Marcha*, que se publicaba en México¹. La serie de artículos aludida se publicó entre febrero y abril de 1961 y describió de manera exhaustiva las bibliotecas de Antonio Grompone, Simon Lucuix, Horacio Arredondo, Octavio Assunção, Armando Piroto, Juan Pivel Devoto, Celedonio Nin y Silva y J. H. Figueira. Rescamos aquí las dos últimas. De todas ellas, la biblioteca de José Figueira fue luego adquirida por la Biblioteca Nacional.



José H. Figueira Pesadilla en forma de biblioteca*

La gran puerta de madera tiene esculpidas unas iniciales que se reproducen dentro del zaguán, sobre la cancel, en un modo de escudo: J.H.F. Son tres iniciales que conoce bien la mayor parte de la población culta del país, e incluso de países vecinos –Argentina, Paraguay, Brasil– porque las ha visto desde la infancia en la portada de los libros escolares donde

1. “La lección intelectual de *Marcha*”, en *Cuadernos de Marcha*, Segunda Época, N.º 19.

aprendieron sus primeras letras varias generaciones: José H. Figueira. Tienen un prestigio similar a las de H. D. y, del mismo modo que éstas han acuñado algunas fórmulas indesarraigables –“el intrigante Sarratea” por ejemplo– aquéllas han impreso lecciones enteras en las cabecitas huecas de los uruguayos y una obsesión interrogativa: “¿Quieres leer?”.

Es esa invitación machacona, es aviesa ilusión que hace dos siglos viene haciéndonos creer que la solución de nuestros males está en la capacidad para leer algunas toneladas de papel impreso, la que me ha traído hasta esta casa –habría que decir casona para cumplir con los preceptos de la retórica– disimulada entre las viejas casas del Barrio Sur. Vengo a enterarme si José Figueira predicaba con el ejemplo, vengo a saber qué leía, y no sé que voy a meterme dentro de un delirio bibliotecario en el cual no sólo puede saciarse, sino incluso hartarse, el más ferviente lector.

Apenas traspuesta la entrada, me introduzco, con Gastón Figueira de cicerone parlanchín y cordial, dentro de un inmenso cuadro surrealista o quizá dentro de una pesadilla que con Kafka de protagonista pudiera soñar Borges, desde su sillón de la Nacional de Buenos Aires. La casa es enorme con esa distribución habitual de las del siglo pasado: dos habitaciones a la calle separadas por el zaguán y el resto construido bordeando un patio lateral; pero es mucho más antigua por sus muebles, sus empapelados, sus adornos, sus cortinas y por la usura con que el tiempo se ha aposentado en todos los objetos y los ha gastado, preparando un escenario “art nouveau” para *Sunset boulevard*, si en él fuera posible introducir la biblioteca de Babilonia reducida a escala.

En la primera pieza donde entramos, la que antaño debía llamarse “el escritorio” una primera comprobación que regirá en adelante: las habitaciones tienen cinco metros de alto, aproximadamente tres veces la estatura humana normal, y los estantes llegan hasta el techo. El cicerone entreabre los postigos, y en la media luz empezamos a saber qué significa estar preso de una biblioteca. Libres solamente la ventana, la puerta y el cielorraso resquebrajado y remendado, que ha cubierto todo de cal y polvo. Trepando a una escalera de pintor me dispongo a tomar notas –después las tiraré todas– tratando de poner orden al caos; las primeras ediciones de George Santayana, una excelente colección de la bibliografía sobre pedagogía y psicología de la Inglaterra de principios de siglo, una colección de diccionarios que van de la lengua papúa a la que se habla en Afganistán, sea cual fuere, una serie de publicaciones en árabe, material educativo de todo el mundo, libros sobre artes primitivas.

El cicerone me apresura y, atravesando un patio con enormes chinerías bordadas que las filtraciones de la claraboya han dañado, con largos sillones llenos de almohadones, mesitas, bibelots, cuadros, nos enhebramos en otra pieza similar, esta sin ventana y con una sola abertura libre que es la puerta: calculo unos cinco mil libros, en su mayoría literatura francesa y

española, pero donde junto a las primeras, impecables ediciones de Juan Ramón reluce un Ulises de Joyce. Se mira a lo alto como interrogando los cielos: ¿qué habrá por allá arriba? Pero hay que seguir. Cruzamos otro patiecito, nos metemos en otra pieza. Más grande, más tapizada de libros – calculo siete mil– y apelando al equilibrio y a la escalera de pintor, refitoleo un sector de cuatro metros cuadrados, el único a que puede llegar mano humana: arqueología, paleontología, antropología, en particular referidas a América, en un conjunto de extraordinario interés.

“Es realmente enorme y algo apabullante”, comento. “Falta lo más importante”, contesta. “¿Más?”. “Sí, yo calculo que hay en total unos cincuenta mil libros. Papá tenía libreros representantes en Alemania, Londres, París, Nueva York, Madrid, de donde llegaban sin cesar los paquetes. Además él viajó mucho”. Seguimos. Ni me molesto en tomar notas.

Descendimos a lo que debió haber sido el jardín de la casa y es ahora una biblioteca pública en miniatura: una enorme sala del ancho de la casa, enteramente cubierta de bibliotecas, de macizas maderas trabajadas, con la correspondiente escalera que da a una pasarela que la recorre a lo largo de su segunda planta. Arañas de tres picos servían para iluminar el gran recinto y si estuvieran las largas mesas, si todo no estuviera cubierto de tanto polvo, si en el pico no se acumularan tantos libros ¿quién nos disuadiría que hemos penetrado en un olvidado mausoleo donde se guarda desde hace mucho tiempo el saber de una época pasada? Aquí, y a esta hora, el silencio es tan intenso, la tentación de los libros donde están representadas todas las disciplinas –muchísimos sin abrir– es tan poderosa, que se podría pensar que el mundo ha sido abolido, y limpiando algún sillón podríamos echarnos a leer en paz durante varias vidas. De veinte a treinta mil volúmenes esperan donde se estudia desde la técnica pianística hasta los problemas de la inmigración, pasando por la historia, la literatura universal, el arte, la pedagogía, y sucesivamente mientras comprueba que la pasarela está enteramente cubierta de libros –deben haber sido depositados retrocediendo siempre para no quedar “enlibrado” y poder bajar– el infatigable cicerone me invita a seguir. Hay más.

Trepando por una escalerita muy estrecha, pasando a través de dos rejas carcelarias, desembocamos en una planta alta con viejos muebles cerrados conteniendo libros, una calavera charrúa, un botellerío antediluviano, hamacas paraguayas, cuadros, el cuero de una boa constrictor; y luego otra pieza que, –vaya casualidad!– también está tapiada de libros. El cicerone se disculpa sin cesar por el polvo y el abandono, comprobando que “no se puede vivir para una biblioteca”.

Sí, no se puede. A esta altura, y antes de tomar una copa de jerez, también traído de Europa junto con los libros por José Figueira, y que creo que Gastón saca de un estante, lo que estoy queriendo es desembarazarme de la pesadilla libresca, de este K que estoy representando y que deambula por

altillos y montañas de libros. Cuando a través de un tragaluz emergemos a la azotea, al panorama de techos del Barrio Sur, a la tarde soleada, al mar ¡qué alivio, qué sensación de vida, otra vez! Aunque para expresarlo, lo que viene a mi memoria, implacable, es también una línea de imprenta. Un verso de Guillén: Vivir es gracia concreta.

* *Marcha* N.º 1.054, 21 de abril de 1961.

Celedonio Nin y Silva Imagen del liberal uruguayo**

Fui a ver una biblioteca sin dueño, cuyo creador había muerto. Revisando sus libros ahora, desordenados en varios muebles también como muertos, observado los subrayados y anotaciones de su mano, viendo los apuntes y cartas conservados entre sus páginas, me reencontré con la imagen de ese hombre desaparecido. Y a través de ella con una de las líneas tesoneras que han ido forjando nuestro país, lo que hace nuestro orgullo pasado y justifica nuestra beligerancia presente en estos momentos de confusión fomentada.

Me reencontré con el Dr. Celedonio Nin y Silva, muerto el 5 de junio de 1960 –poco después de cumplir sus 85 años– sin abandonar un momento sus libros de estudio, sus borradores, tratando de ganarle a la vida el tiempo necesario para concluir su larga serie sobre la *Historia de la religión de Israel*. Había publicado en noviembre de 1959 el undécimo tomo de su *Historia*, referido a la *Literatura bíblica judía* y se apresuraba puliendo los borradores del duodécimo y último de la serie. Ganó su batalla, y dejó terminado, pronto para publicarlo, el tomo sobre Jesús, el carpintero de Nazareth, aquel tema del que partió hace varios decenios su preocupación investigadora y que, para fundamentarlo con rigor le llevó a leer, una biblioteca entera, a desmenuzar los textos bíblicos y a escribir una obra de la cual lo menos que puede decirse es que resulta sorprendente en el panorama de las ciencias históricas del país.

Pero al reencontrarme con él en la meta distintiva de su personalidad –un viejo liberal formado en el espíritu crítico de libre examen de nuestra universidad finisecular –registré uno de los esfuerzos más beneficiosos que conoce nuestra sociedad para desarrollar activamente el progreso del país. Evoqué la presencia actual de esos viejos liberales –Pedro Díaz, Eugenio Petit Muñoz, Emilio Frugoni y tantos otros– que han llegado a una edad avanzada sin ceder nada de su lucidez para el examen de la realidad nacional. Sin cejar en su voluntad peleadora, y detrás de ellos, aún vivientes en sus obras, los otros formados en ese mismo espíritu, a los que debemos muchas de las condiciones peculiares y mejores de la nacionalidad. Porque no fue Luis Alberto de Herrera sino José Batlle

y Ordóñez quien encarriló la vida democrática y progresiva de este pequeño país, y junto a él el liberalismo del siglo XIX que, fecundado por las nuevas corrientes sociales al empezar el siglo, entra en un proceso dinámico y fecundo.

Es historia pasada, historia vieja si se quiere, y las condiciones presentes del mundo contemporáneo, de nuestro pequeño mundo uruguayo, exigen nuevas y más audaces soluciones. Soluciones que deben ir mucho más allá del liberalismo, pero no más atrás, regresivamente. La presencia de ese siglo XIX donde creció el ideario liberal se registra puntualmente en esta Biblioteca, en varios miles de volúmenes de historia y filosofía y en una selección de un millar por lo menos consagrados a temas de religión cristiana y en particular a estudios bíblicos.

Allí están las obras orientadoras de Ernest Renan junto a libros como *Cultes, mythes et religions*, cinco tomos de Salomon Reinach; todos los volúmenes dedicados a los Evangelios por M. J. Lagrange y, desde luego, las obras completas de Alfredo Loisy, incluyendo los tres tomos que con motivo del jubileo del maestro editaron sus amigos y discípulos bajo el título *Congrès d'histoire du christianisme*. Encuentro la colección completa de *la Revue d'histoire et de philosophie religieuse*, que a partir de 1921 reúne los mejores estudios internacionales cuyas últimas entregas están sin abrir. La gran *Histoire du christianisme* de Fargues, el libro de Albert Dufourg *L'avenir du christianisme*, la colección completa de la serie *Christianisme* que bajo la dirección de Couchoud publicó la benemérita editorial Rieder, la gran *Histoire des dogmes* de Joseph Turner, París 1931, etc., etc. Debe ser la mejor obra de la crítica independiente sobre temas bíblicos, dentro de una rigurosa bibliografía francesa, solo por excepción inglesa o italiana.

No faltan desde luego las aportaciones de Charles Guignebert. Abro su tomo *Jesús* minuciosamente subrayado y anotado por Nin y Silva, y de él cae una tarjeta que comienza "Mon cher collègue" y que firma el autor. Guignebert, Lod, Loisy, mantuvieron un contacto epistolar constante con quien era un lejano discípulo y colaborador de un pequeño país de América del Sur. En sus libros, en la dirección exegética que ellos habían encauzado los estudios de religión, se ubicó nuestro historiador, y su monumental *Historia de la religión de Israel* corresponde a ese espíritu y lo representa cabalmente, entre nosotros.

Esta labor paciente comienza de un modo eficaz y continuado en el año 1892, cuando C. Nin y Silva se traslada de Tacuarembó a Montevideo, y, abandonando insatisfecho su actividad de abogado y de escribano, se dedica en forma sistemática al estudio de la Biblia. Había nacido en Trinidad en 1875 y allí se había educado en una escuela metodista con los maestros Tallon y Claramunt, iniciando una formación protestante que solo puede resultar sorprendente a quienes ignoran la importancia que en nuestro país

han tenido los estudios de esta índole y la ancha vía que dentro del monolítico catolicismo abrió el pensamiento de las iglesias reformadas. A los 18 años es un joven creyente cuyos artículos en *La Democracia* de Trinidad y en *El Crucero* –que leo en un viejo libro de recortes–, muestran el fervor de la fe nuevecita y las apelaciones convencidas a la palabra revelada por la Biblia.

Él será uno de los fundadores del *Club Protestante* (1902), de los promotores de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en su primer intento de 1891 y en su reestructuración en 1909. Pero ya va haciendo su camino una duda metódica acerca de las condiciones de la fe y su fundamentación en los textos bíblicos, de la que saldrá, luego de sus estudios de abogado, –compañero de Carlos Vaz Ferreira, de Juan Andrés Ramírez–, y del ejercicio largo de la profesión, la decisión de consagrarse a explicar la actitud que adoptará en adelante: la de agnóstico.

En 1935 aparece el primer tomo de su obra, *Moisés y su Dios*, y tras él se escalonarán los restantes hasta el duodécimo que no llegó a ver publicado. Con algunas interrupciones: en 1943 aparece en Montevideo un libro titulado *La libertad a través de la historia*. La fecha de erudición explica la nota prologal donde se dice: “temporalmente he suspendido la publicación de mi ‘Historia de la religión de Israel’ para escribir este libro que conceptúo de imprescindible necesidad en el presente momento pues en él estudio este problema ¿qué nos enseña la historia tocante al desarrollo de la libertad individual?”. El mundo estaba pasando por la lucha contra los totalitarismos, y Nin y Silva contribuía de este modo a esa contienda. La preparación de la obra puede registrarse en otro gran sector de su biblioteca, el referido a temas históricos y filosóficos, presidido por las obras de Guyau, Spencer, Janet, Ribot, la historia de Lavissee y Rambaud, la *Histoire de l’Inquisition* de Charles Lea, la *Histoire des trois premiers siècles de l’église chrétienne* de Pressené, y el conjunto de pensadores comtistas y spencerianos del siglo pasado.

Allí formó su liberalismo. Casi como un ejercicio de la crítica jurídica que había marcado su formación intelectual de abogado, a que se traducirá asimismo en sus anotaciones al Código Civil, un liberalismo que no lo llevó a la actuación política, sino que lo consagró al estudio de las religiones. Los cinco o seis mil volúmenes que forman su Biblioteca personal sirven para hacer una radiografía espiritual del típico liberal, con una inclinación más pronunciada hacia la religión que hacia los temas sociales. Allí puede leerse, siguiendo despacio los lomos de los libros encerrados tras los vidrios de viejas bibliotecas, las grandezas y las impuestas limitaciones de una corriente intelectual que en definitiva fue útil a la nacionalidad y explica lo mejor de su progreso histórico.

Por disposición testamentaria de Nin y Silva, todos esos libros de religión irán ahora a la Biblioteca Nacional, para servir de base, según su pedido, a una sección de estudios de religión.

Lo que nos importa destacar aquí, más que el posible valor independiente de una obra de crítica, hecha muy lejos de los centros renovadores, con escasos estudios especializados, es lo representativo de esa imagen de quien es también un uruguayo característico tal como se nos aparece revisando sus libros, escudriñando sus anotaciones. Porque cuando se habla de los uruguayos con demasiada facilidad se tiende a caracterizarlos por los rasgos más externos, más fáciles, más pasatistas y novedosos.

¿Por qué no hacerlo por estos otros más recoletos, más serios y críticos, que pueden ofrecernos la fiel imagen de una época de nuestro país y de un empeño indagador que no está concluido, que sigue viviendo en otras coordenadas creadoras?

** *Marcha* N.º 1.053, 14 de abril de 1961

